
CAPITULO XIV.

LA SITUACION DE ITALIA.

Al pasar estas revistas á las naciones europeas, detengámonos algunos momentos en presencia de Italia, que vuelve á recobrar por grados su influjo antiguo en Europa. ¡Cómo ha desconcertado Italia á los falsos profetas que tenían su temperamento artístico por incompatible con todo gobierno y por contrario á toda emancipacion! Los temperamentos artísticos debían ser desconocidos completamente por los que tan mal auguraban de esa nacion artista. El arte es la ecuacion entre lo ideal y lo real. Y la política es ciencia y arte; tiene que contar con los principios y con las circunstancias; tiene que encarnar la idea pura en la rebelde realidad; tiene que obedecer á un sentido teó-

rico y á un sentido práctico, á las abstracciones del pensamiento y á las necesidades de la historia. Podria definirse la política con esta fórmula: es el arte de realizar en la sociedad el ideal por grados y por series de sabias y naturales evoluciones. Pues los temperamentos artisticos, ó no lo son de ninguna manera, ó han de tener precisamente el sentido de lo ideal mezclado con el sentido de la realidad. Y cuando es un pueblo entero quien tiene este sentido, este temperamento, esta facilidad de compenetrar las dos esferas del universo, esta aptitud para conocer todos los dolores humanos y colocarse en todas las situaciones posibles, esta prevision de lo porvenir, este adelatamiento profético á los hechos y á sus más remotas consecuencias, por fuerza influirá en la suerte política del mundo y en la direccion de los humanos sucesos. El ser patria de Fidias no obstó á Grecia para ser tambien patria de Pericles. Solon recitaba versos que enardecian á sus conciudadanos en el sitio mismo donde promulgaba sus sabias leyes. Los libros de Herodoto no eran solamente libros de historia nacional, sino tambien de política práctica, y se leian en los juegos pithicos ó en las car-

reras atléticas, entre los coros y los himnos y los poemas. Cuando Platon excluyó á los poetas de su república se excluyó á sí mismo, porque su elevada razon llevaba una corona de inmortal poesía. Estos pueblos artistas, como el pueblo griego, tienen aptitudes universales, y por lo mismo inteligencia capaz de producir ó de asimilarse todas las ideas y flexibilidad para someterse á la realidad.

Así Italia ha producido en el siglo xvi á Maquiavelo y á Rafael; en el siglo xvii á Mazarino y á Carracio; en el siglo xviii á Alberoni y á Leopardi; en el siglo xix á Cavour y á Rossini. El cántico de sus labios, agitados por las vibraciones de una continua inspiracion, á la verdad, no ha obstado á la mirada profunda de sus ojos, penetrando hasta el fondo de los acontecimientos; los dedos que pulsaban la lira han pulsado la realidad; y el cincel que hacia estatuas desbastaba la propia nacion, sobre cuya frente se elevará siempre esa llama del genio, ese destello del cielo, la idea bella, derramando resplandores por do quier, que unen con los varios arreboles de la poesía el calor fecundante de la vida.

El talento capital de Italia consistió en conocer las contradicciones que le ha creado su historia, que le han transmitido los siglos, que se han hecho como congénitas á su complejion, y una vez conocidas, en armonizarlas y hacerlas coexistir sin que produzcan esos sacudimientos violentísimos, á cuyos dolores acerbos mueren, ó cuando menos se desangran y se debilitan los pueblos. Su inteligencia tiene la virtud de ver mucho y muy lejos. Así ha visto que su autonomía y su independencia, antes que todo, eran, por la fuerza de las cosas y la letra de los tratados, cuestiones internacionales, y ella misma ha elevado su independencia interior á una cuestion internacional con la suprema inteligencia de Cavour y la hábil intervencion en la guerra de Crimea. Ha visto que las nacionalidades de Europa, regidas por Monarquías, atenderian mejor á sus reyes que á sus tribunos; y para ser atendida ha colocado el gorro frigio de sus repúblicas bajo la áurea corona de Saboya. Ha visto que esta vieja máquina de la Monarquía necesitaba para moverse el vapor de las ideas nuevas, y ha puesto en ella, con el pensamiento de Mazzini, el genio de Garibaldi.

Y ha visto que no podia renunciar á la capitalidad de Roma, porque allí estaba el sensorio comun y el cerebro único donde se reúnen y se concentran los nervios de su nacion; y que tampoco podia renunciar al Pontificado, porque el Pontificado guarda los títulos de su antigua supremacia sobre los pueblos; y ha inventado la fórmula de la Iglesia libre en el Estado libre, con la cual ha logrado conservar á un mismo tiempo en armonía perfecta su capital y su paz.

Así, cuando subís por ejemplo al Monte Mario y veis á vuestros pies la Ciudad Eterna toda entera, con sus rotondas, que desde desfiladeros de ruinas y de sepulcros se elevan como místicos templos en el espacio infinito, involuntariamente se posan los ojos y la atencion en tres puntos capitales: en el inmenso Vaticano, bruñido de áureo color por el sol, y residencia del Papa; en el Quirinal con sus obeliscos y sus colosos á la puerta, residencia de Rey; en las lejanas villas del Norte, sombreadas por los cipreses y los pinos, escondidas entre los fragmentos de los acueductos y entre los restos del antiguo pretorio, residencia de Garibaldi; y al ver que estos tres poderes rivales, el poder

de la Iglesia, el poder de la Monarquía y el poder de la democracia viven juntos, porque la paz entre los tres parece momentáneamente necesaria para fundar y conservar una patria libre, ayer todavía esclava, creéis soñar, creéis ver los güelfos y gibelinos reconciliándose en el amor á Italia; el Pontificado y el Imperio uniéndose en el olvido de sus querellas y en el propósito de servir á Italia; el monarca y el tribuno deponiendo parte de su ardor éste y aquel parte de su autoridad en aras de Italia; como si perseguidores y perseguidos, opresores y oprimidos hubieran dado tregua á sus venganzas históricas para resucitar al Lázaro de los pueblos, como un milagro que viene á dar á la historia de nuestro siglo los espejismos de la leyenda y del poema. Sea de esto lo que quiera, el Papa de Roma, el rey de Italia, el guerrero y el tribuno de la democracia viven juntos sobre la misma tierra y bajo el mismo cielo. Víctor Manuel guarda fidelidad inquebrantable á las dos obras que honrarán su vida, al sistema constitucional y á la independencia italiana. Perfecto modelo de reyes modernos, sigue y obedece con verdadera sujeción á las

prácticas parlamentarias el voto de las Cámaras. Es verdad que no ha salido del antiguo Estatuto otorgado por su padre, harto estrecho para el gran cuerpo de la nación italiana; pero también es verdad que, después de haber emprendido tantas obras maravillosas, tiene Italia alguna necesidad de reposo. Además, los reyes demócratas son verdaderos entes de razón, todavía desconocidos en la historia. Un rey demócrata, he dicho en otra parte y con otro motivo, es para mí un dios ateo. Los principios necesarios á toda democracia, son tres: primero, derechos reconocidos en toda personalidad; segundo, sufragio universal otorgado á todos los ciudadanos; tercero, movilidad del poder. Desde el punto y hora en que organizais una Monarquía como forma suprema de una sociedad, debéis dar á esta Monarquía los atributos á su ser esenciales, debéis alzar en torno suyo los organismos análogos; y muchos de estos atributos y muchos de estos organismos, resultan á la verdad incompatibles con toda democracia. Víctor Manuel ha nacido de reyes y quiere ser rey de veras. Pero conservando este carácter superior, jamás entra en aquellas partes del organismo

constitucional ajenas á su autoridad, y jamás se mezcla en aquellos asuntos propios de la competencia parlamentaria. Temperamento robustísimo y sanguíneo, de fibra férrea, de voluntad tenaz; soldado por vocacion más que por necesidad; cazador incansable; dado continuamente á correrías por los maravillosos montes y los espesos cotos de Italia; hijo de la naturaleza y tan fiel á ella como á su patria; cuando vuelve de larga correría y sacude polvo y barro del camino, toma toda la flexibilidad necesaria en los salones y toda la distincion propia de su alto rango, como si jamás se hubiera apartado de la estufa de sus palacios.

Pero éste rey de gustos tan sóbrios y sencillos, de vida casi rústica, que á veces duerme, si á su caza conviene, bajo un árbol y se desayuna con un pedazo de pan y un sorbo de vino, sin pompa y sin fausto, há menester crecido presupuesto para sosten de sus innumerables palacios. Como ha recogido tantas coronas, ora en las batallas, ora en los plebiscitos, ha recogido tambien los santuarios donde esas coronas se guardan. Y no hay quizá monarca alguno en el mundo que tenga tanto número de palacios, y tan ma-

ravillosos como obras de arte y como verdaderos Museos históricos: palacio de Génova, que baja desde el centro casi de la ciudad al puerto, no el mejor ciertamente en la espléndida ciudad mercantil; palacio de Turin, semejante por su aire y gusto á los monumentos franceses, cual se asemeja la Monarquía de Saboya á los antiguos feudos de Francia; palacio milanés, en frente de la marmórea catedral, y con la apoteosis de las batallas napoleónicas; palacio veneciano, con su fachada de Sansovino, que dá al maravilloso alcázar del Dux y á la oriental basílica de San Márcos; palacio mantuano, esmaltado por frescos del discípulo predilecto de Rafael y realzado por riquísimos tapices; palacio Pitti, obra de ese comerciante ilustre que competia con los Médicis, modelo acabadísimo de la arquitectura florentina, ciclópeo y ligero, de toscas y colosales piedras en su base y de ligeras y graciosas galerias con arcos elegantísimos en su frente; palacio Quirinal, donde se celebraban en otro tiempo los cónclaves de los cardenales para elegir el Papa infalible, y ahora se reúnen los Consejos de ministros para ilustrar al rey revolucionario; palacio en Caserta, palacio

en Nápoles, palacio en Castellamare, palacio en Pórtici, palacios en todas partes, que exigen para su sosten y para su reparacion ejércitos de criados y un largo presupuesto.

Y no obstante esto, Victor Manuel sacrificó una parte de su lista civil en los apuros crecientes del Tesoro nacional. Mas la primavera y el otoño último han sido ocasionados á múltiples dispendios. En la primavera el emperador de Austria consagró con su visita á Venecia el reconocimiento de la independencia de Italia. Aquel gran canal donde se elevan de las verdosas aguas al cielo azul en dos muros de mármol desde las cresterías góticas hasta los frontones greco-romanos, y desde los agimeces y los alicatados árabes hasta las severas líneas toscanas, y desde el pesado pilar bizantino con sus efigies monstruosas hasta la estriada columna corintia con su guirnalda de acanto; aquel gran canal, decia, donde tantas veces cayeron las lágrimas de los venecianos cautivos, vió pasar á los dos enemigos, á los que habian combatido en los campos de batalla, reconciliándose y uniéndose bajo la enseña de Italia, redimida y asentada en el Congreso de las naciones. Luego Milan, la ciudad cu-

yo génio animó la liga lombarda, que fundara la democracia contra todo el poder y toda la pujanza de Federico Barbaroja, vió entrar este otoño en su seno al descendiente de Federico, al emperador de Alemania, en señal de que se han olvidado todos estos antiguos odios históricos y de que se han reconciliado en la libertad dos naciones separadas por el absolutismo y por la guerra. Todas estas visitas, todos estos reconocimientos de los antiguos reyes de derecho divino al rey de la revolucion italiana son lisonjeros para su política, pero funestos para su peculio. El Rey necesita aumentar sus gastos, satisfacer sus atrasos, ocurrir á necesidades múltiples, y las visitas de sus aliados amigos le reportan, á cambio de ventajas morales, incalculables gastos. Así el Gobierno ha tenido que pedir al Parlamento más de un millan de francos para atender á los descubiertos que en la casa real ha dejado la visita de los soberanos de Austria y de Alemania.

El Parlamento ha prorogado sus sesiones sin votar la deseada suma, y el Rey se ha resentido mucho de este suceso. Bajo sus apariencias de bonachon é indiferente, ocul-

ta Víctor Manuel profunda y natural satisfacción por la obra realizada bajo los auspicios de su nombre. Y cree que toda falta de solicitud respecto á su persona, es prueba de negro desagradecimiento en los italianos, ayer turba de esclavos, hoy uno de los primeros entre los pueblos de Europa. Así un día, se verificaba en Turin la inauguración de vistosa estatua consagrada á la justa apoteosis de Cavour. Creo que el alcalde pronunció en presencia del Rey un discurso propio de la ceremonia y con el tema de las virtudes cívicas y los servicios políticos del conde. En este discurso no se mentaba para nada la participación de Víctor Manuel en la empresa de la independencia italiana. El Rey no volvió á hablar ni á ver á este olvidado alcalde, caído por completo desde entonces de su amistad y de su gracia. Confesemos que tiene razón. Criados nosotros entre los oprimidos, no podemos alcanzar cuántas supersticiones han de vencer los criados entre los opresores para ponerse al frente de una revolución democrática. Imposible comprender por nuestro estado mental otro estado mental diferente ó contrario. De extirpe régia, se ha confundido Víctor Manuel

con la plebe; de origen absolutista, ha entregado la mayor autoridad á su nación; del congreso de los reyes europeos, les ha hecho la guerra por una idea perteneciente á los pueblos; de cuna saboyana, ha cedido su cuna por razones políticas; de educación católica, ha dejado pasar sobre su frente los rayos del Vaticano, sin estremecerse, y ha dejado poner el sello de la excomunión sobre su sepulcro, para romper la losa del sepulcro donde yacía la divina Italia. Así, en las palabras, tan comentadas del primero de año al ejército, ven los ojos más avizores y penetrantes un recuerdo lanzado por Víctor Manuel á los ingratos y olvidadizos de que todavía debe contarse para algo con el Rey en Italia, por muy confinado que aparezca allá en las frías inaccesibles alturas de su indiferencia constitucional y de su divina inviolabilidad.

No sólo el Rey está resentido con el Parlamento; está Garibaldi también, á causa de haberse prorogado sin tomar las disposiciones preliminares necesarias al cauce del Tíber y al saneamiento de la campiña romana. Garibaldi cree que después de haber contribuido tanto á su libertad; después de haber